

LAS TOPICAS FREUDIANAS: VIGENCIA TEÓRICA Y CLÍNICA

La organización psíquica tiene subestructuras. El Yo, el Ello y el Superyó se construyeron y se siguen construyendo. Es un camino de ida y vuelta. El modelo de aparato psíquico (el alma) tiene esbozos y dibujos que pueden tergiversarse en la divulgación. Pero ni el Ello es el sótano ni el psiquismo es un edificio de tres pisos (o de cuatro, si agregamos la realidad). Tampoco los adverbios adentro y afuera deben ser tomados literalmente.

El abordaje de las tópicas no puede soslayar la articulación y combinación de fuerza y sentido, de representaciones y de afectos. Una tópica diferencia sistemas dotados de diferentes funciones. El “edificio psíquico” nunca está terminado. Se le derrumban paredes o techos. Se hacen obras de mantenimiento y obras de ampliación. A lo largo de su larga existencia pasa por distintas etapas de habitabilidad. (Hornstein, 2013)

La primera tópica es desplegada en el capítulo VII de *“La Interpretación de los Sueños”* y esbozada en el *“Proyecto de una psicología para neurólogos”*. Esa concepción no se modifica demasiado en *“La metapsicología”* de 1915. Con la introducción del narcisismo, la identificación, las diferentes instancias: el Yo, Superyó y el Ello, del Edipo y la pulsión de muerte, la teoría del psiquismo se transforma en la segunda tópica.

En pocos casos el sujeto es un sistema cerrado, condenado a la repetición. En general es un sistema abierto. Los encuentros, vínculos, traumas, realidad, duelos son bucles autoorganizadores que reemplazan la linealidad causa-efecto por la recursividad. Los productos son productores de aquello que los produce. La subjetividad está inmersa en lo socio-histórico entramando prácticas, discursos, sexualidad, ideales, deseos, ideología y prohibiciones. Es producto de una interacción constante entre “lo biológico” y “lo social” a través de la cual se construye la historia. Y no se trata de echar un vistazo a las otras teorías sino de esforzarse por entenderlas, multidisciplinariamente. De ese modo evitamos los reduccionismos (sociologismo, biologicismo, psicologismo, etc.).

Liberadas del determinismo clásico, las teorías actuales han dejado lugar a la diferencia como factor de creación y cambio. La historia no es mera repetición, ni despliegue de lo ya contenido en el pasado; incluye acontecimientos no predeterminados. No existen sólo sistemas cerrados y cerca del equilibrio sino también sistemas abiertos para los que el equilibrio significa la muerte.

El freudismo: ¿un proyecto superado o inacabado?

¿Cómo leer a Freud? Freud constituye una referencia simbólica insoslayable en la formación teórica de todo psicoanalista. Sólo desde esa apropiación se torna factible pensar a partir de Freud, más cerca o más lejos de Freud. El freudismo es uno de esos puntos de referencia omnivalentes que sirven como comodines para ahorrarse el conocimiento de su obra. Freud decía que los histéricos (y en 1937 agregó a los psicóticos) padecen de reminiscencias. La reminiscencia es algo distinto del recuerdo. La reminiscencia alude al recuerdo vago de algo. (En arte se emplea el término cuando una obra recuerda otra o acusa cierta influencia.) Los psicoanalistas en relación con el texto de Freud padecemos de reminiscencias: en tanto recortamos su obra, propendemos a una historización defectuosa y, por lo tanto, a una relación neurótica con los textos. Una relación que nos condena a la reminiscencia o a la repetición en lugar de recordar y reelaborar.

El “retorno sobre Freud” tiene dos registros: el primero se justifica en la medida en que se lo considera un saber olvidado. Su meta es retomar aquello que había sido ya dicho. El otro registro es leerlo retroactivamente no solo desde 1939 sino desde 2018. Ambas vías son necesarias: la primera, para volver a leer no solo aquellos textos que sirven de apoyaturas para las diversas corrientes actuales. El segundo registro descubre dimensiones de su obra que se enriquecen a partir de elaboraciones contemporáneas.

Una elaboración situada “después de Freud” debe asumir una triple perspectiva: problemática, histórica y crítica. En vez de eludir las contradicciones sacarles el jugo, ya que no pocas veces se logran, trabajándolas, formulaciones que modifican las cuestiones en juego (perspectiva problemática). La historia del pensamiento freudiano no es ni cronología en la que los descubrimientos clínicos y teóricos se suman, ni una síntesis en la cual el

último estadio resolvería las dificultades anteriores (perspectiva histórica). Una lectura crítica permite despejar exigencias fundamentales. Optando por ciertos conceptos y recusando otros.

Construir una historia crítica y problemática del psicoanálisis es obligatorio. Una tarea que requiere el aporte de muchos. No se trata de improvisarse sociólogo sino de reflexionar sobre la inserción social del psicoanálisis. Nadie es etnólogo en su propia sociedad; pero es fundamental entender el psicoanálisis como un conjunto teórico-práctico y cuya lógica de difusión y cuyas funciones en relación con el conjunto de prácticas que con él coexisten dentro del mismo campo social hay que dilucidar. Sin academicismos. El academicismo actúa como si la tradición nunca hubiera variado. Es el gusto inmoderado por el estilo culto o universitario: una forma de dirigirse a los de la propia parroquia antes que al lector interesado en el tema propuesto.

La lectura de Freud debe eludir el dogmatismo que sustituye la pulsión de saber por el anhelo de detentar lo ya pensado por otro. *El deseo de no tener que pensar convierte al pensamiento en una actividad ecológica, estereotipada.* Decirse freudiano implica recuperar la inventiva teórica de Freud.

“En la obra de la ciencia sólo puede amarse aquello que se destruye, sólo puede continuarse el pasado negándolo, sólo puede venerarse al maestro contradiciéndolo” (Bachelard). Seguimos a un autor. Lo ponemos a producir. Pero aguzamos el oído. No queremos fascinarnos, abandonar el juicio crítico. En la idealización se produce un vaciamiento narcisista. En 1921 Freud afirma que la idealización *“falsea el juicio”*. El objeto idealizado *“sirve para sustituir un ideal del Yo propio, no alcanzado”* generando el autosacrificio del Yo: *“El objeto, por así decir, ha devorado al Yo”*. La entrega del Yo al objeto (patente en el enamoramiento) se muestra también en *“la entrega sublimada a una idea abstracta”*. (En la sublimación –a diferencia de la idealización– el Yo renuncia al anhelo de hallar lo ideal en el exterior, aceptando la castración en el Otro.)

La lectura retroactiva permite revisar categorías vigentes en la época de Freud y compararlas con categorías y problemáticas actuales, con preguntas personales. Las mías son: ¿Cómo pensar la historia en psicoanálisis (determinismo, azar, recursividad)? ¿Cómo pensar la tóptica? ¿Sistema abierto o cerrado?. La identidad: ¿ser o devenir? ¿Cómo relacionar yo y alteridad? ¿Cómo pensar la perdurabilidad del pasado en el presente? Objeto real y fantaseado: ¿relación compleja o ausencia de relación? Resumiendo: ¿Cómo construir un psicoanálisis contemporáneo, abierto a los intercambios con otras disciplinas, y que provea respuestas a nuestra clínica cotidiana?

Las neurociencias y las ciencias sociales cuestionan al psicoanálisis. El psicoanálisis, cuando es pusilánime, se encierra y deviene un sistema esotérico de creencias. Pero cuando se atreve a estar vivo, responde a los cuestionamientos y cuestiona también él. La causalidad biológica y la cultural pueden confluir en la causalidad psíquica pero no reemplazarla. No es posible ninguna inferencia lineal entre lo que se sabe del cerebro y la subjetividad. Hay fronteras. Para todos hay fronteras. Para el psicoanálisis y para las neurociencias. Allí no abunda la bibliografía sino el desafío de crearla. *La clínica, las lecturas y el horizonte epistemológico* proveen los recursos. El intercambio es más necesario que nunca, evitando cierto discurso psicoanalítico autosuficiente que pretendió sentarse en sus laureles viviendo a costillas del pasado.

En nuestra disciplina los conceptos fundamentales [*Grundbegriffe*] se parecen a los “reparos identificatorios” de nuestra vida. Son un reparo pero también pueden ser un obstáculo. Y nuestras viejas ideas nos aprisionarán si no se ponen al día.

Del Proyecto de una psicología para neurólogos a “La Interpretación de los sueños”

En 1895 Freud escribe el *“Proyecto de una psicología”* en el cual despliega su teoría del psiquismo. Recién se publicó en el año 1950. Algunos se solidarizan con Freud y con su decisión de no publicarlo, mientras que otros le reconocen interés histórico, negándole interés científico, y un tercer grupo, tentado por una epistemología de los orígenes, ve en *“El Proyecto”* toda la teoría psicoanalítica en germen y lo estudia con la pasión del *voyeur*.

Para Strachey gran parte de los textos metapsicológicos sólo se vuelven inteligibles desde su publicación, en la que Freud explica las apoyaturas centrales de su sistema conceptual: energía, suma de excitación, investidura, cantidad, cualidad, intensidad, proceso primario y secundario, yo, etc.

Jones, Laplanche, Erikson y Green entre otros, asignan valor a este ensayo. Desde *mi* punto de vista, es el primer intento freudiano de construir una teoría general del psiquismo, y a pesar de no ser más que un borrador, es fundamental para comprender el proceso de investigación freudiano. En este su “*laboratorio privado*”, Freud avanza despreocupadamente poniendo en acción toda la fuerza de su pensamiento¹.

Sin preocuparse por la oposición que sus ideas puedan provocar en la “*ciudad científica*” (Bachelard), Freud enuncia los conceptos que serán reelaborados en los años ulteriores: la relación de la cantidad con la cualidad, la distinción entre energía libre y ligada, la hipótesis económica, los primeros modelos de las experiencias de satisfacción y de dolor, el concepto de yo, la definición de los procesos primarios, la teoría del pensamiento y su relación con el lenguaje y la conciencia, etc. Meses después Freud se muestra escéptico y poco a poco se extingue su interés por representar al aparato psíquico en términos neurológicos y encontrar una localización anatómica para los procesos psíquicos.

“*El Proyecto*” se inicia con una explicación de su finalidad: estructurar una psicología que sea una ciencia natural y represente los procesos psíquicos como estados determinados de partículas materiales. El psiquismo está regido por dos principios generales, el de *inercia* (sus neuronas tienden a eliminar toda la cantidad que contienen) y el de *constancia* (procura mantener la excitación en el nivel más bajo). Los estímulos internos tienden a la descarga, que se lleva a cabo con las “*vivencias de satisfacción*”. Estas, una vez inscriptas, orientan recorridos ulteriores de excitación. Las vivencias de satisfacción y de dolor van constituyendo una red compleja de facilitaciones que Freud define como “yo”. La función yoica tiene como atributo mantener una carga constante de energía, inhibir o diferir la descarga y posibilitar el proceso secundario.

Este modelo del aparato psíquico da cuenta tanto el psiquismo como la psicopatología a partir de dos hipótesis: la de la neurona (fundamento del punto de vista tóxico) y la de la cantidad (fundamento del punto de vista económico). Freud logra una ambiciosa síntesis entre la neuroanatomía y la neurofisiología de la época. “*Nos encontramos sin lugar a dudas frente a un modelo muy abstracto y filosófico. Quisiéramos sin embargo puntualizar que, en Freud, constituye al mismo tiempo un modelo clínico. Lo que otorga vida a este modelo, lo que hace de él algo más que un montaje puramente especulativo, es la experiencia clínica del psicoanálisis apenas naciente*” (Laplanche, 1970).

La terminología neurológica es fiel a la ciencia de su época pero con “*El Proyecto*”, a pesar de ella, incluso gracias a ella, Freud se desmarca de esa ciencia del siglo XIX. Y salta al capítulo VII.

Una lectura de Freud exige definir sus principios, para así desentrañar sus fuentes, sus referencias conceptuales, sus fundamentos y sus finalidades. Los ejes son muchos: aparato psíquico, edipo, psicopatología, formaciones del inconsciente, narcisismo, identificación, dualismo pulsional, etc. Me centraré en este artículo en la teoría del aparato psíquico.

¿Cuáles son las diferencias entre “*El proyecto*” y “*La interpretación de los sueños*”?

Freud comienza el capítulo VII explicando que su objetivo teórico en los capítulos previos era el proceso del sueño: “*hasta ahora nos hemos ocupado predominantemente en averiguar en qué consiste el sentido oculto de los sueños, por qué camino nos es dado descubrirlo, y cuáles son los medios de que se ha servido la elaboración onírica para*

¹ Freud le escribe a Fliess en octubre del 95: “*Durante una noche muy activa de la semana pasada, cuando me hallaba preso de ese estado de doloroso malestar que representa la condición óptima para mi actividad cerebral, las barreras se levantaron de pronto, los velos cayeron y mi mirada pudo penetrar de golpe desde los detalles de la neurosis hasta las condiciones mismas de la conciencia. Todo parecía encajar en el lugar correspondiente; los engranajes se ajustaban a la perfección y el conjunto semejava realmente una máquina que de un instante a otro podría echar a andar sola. [...] Es natural que apenas pueda contenerme de alegría*”.

ocultarlo. Los problemas de la interpretación de los sueños ocupaban hasta aquí el centro de nuestro campo visual”.

Advierte que sin una teoría general no podrá seguir avanzando en el conocimiento del sueño. *“Pero desde el momento en que queremos penetrar más profundamente los procesos anímicos que se desarrollan en el sueño todas nuestras rutas desembocarán en las tinieblas”*. Entonces afirma: *“nos veremos obligados a establecer una serie de nuevas hipótesis relativas a la estructura del aparato anímico y al funcionamiento de las fuerzas que en él actúan”*. Sin embargo, aclara, el estudio del sueño como efecto de ese aparato psíquico no puede agotar el conocimiento de éste y que será necesaria la dilucidación de otros efectos, preanunciando *“Psicopatología de la vida cotidiana”* y *“El chiste”*².

Freud postula que la escena en que los sueños se desarrollan es distinta de aquella en que se desenvuelve la vida despierta. *“Otra escena”* constituida por un conjunto de deseos inconcientes encarnados en fantasías que responden a una legalidad diferente a la del preconciente³.

El aparato psíquico ya no tiene la referencia anatómica que tenía en *“El Proyecto”*. El lugar de las neuronas es ocupado por las constelaciones de huellas mnémicas. La observación ya no se sitúa en el microscopio, sino en la realidad psíquica constituida por sistemas representacionales.

Las huellas forman redes complejas, sistemas enmarañados. Algunos de esos sistemas tienen acceso a la conciencia (el preconciente) y otros no, pese a su investidura: el inconciente reprimido. Los que no, constituyen esa *“Otra escena”* cuya modalidad de funcionamiento se puede vislumbrar en el sueño y en otras formaciones del inconciente. El trabajo del sueño se conceptualizará como una regresión en la que esos deseos que no pueden llegar a la conciencia por el camino progresivo del pensamiento se hacen concientes en forma alucinatoria (regresión tópica), pero esta realización alucinatoria del deseo inconciente obedece a otra modalidad de funcionamiento psíquico (regresión formal): la del proceso primario con sus condensaciones y desplazamientos. Habrá también una regresión cronológica.

Sobre el proceso primario y secundario, el capítulo VII son pocas las variantes con respecto *“El Proyecto”*: *“Tuvimos que aceptar la ficción de un primitivo aparato psíquico cuya labor era regulada por la tendencia a evitar la acumulación de excitación y a mantenerse libre de ella en lo posible”*. En el lactante, por intermedio de un auxilio ajeno, se produce la vivencia de satisfacción que suprime la excitación interna. Cuando reaparece la excitación, sentida como displacer, el aparato se pone nuevamente en actividad para reproducir el suceso satisfactorio. La disminución de excitación es sentida como placer: *“En cuanto la necesidad resurja, surgirá también, merced a la relación establecida, un impulso psíquico [...] que tenderá a reconstituir la situación de la primera satisfacción. Tal impulso es lo que calificamos de deseo”*.

El camino más corto para la realización de deseo es el investimento completo del recuerdo del objeto satisfactorio. Cuando se inhibe la investidura alucinatoria y aparece solamente el recuerdo del objeto satisfactorio, éste hace posible, por medio del pensamiento y de la acción, una actividad con una finalidad determinada. Así la *“identidad de percepción”* se convierte en *“identidad de pensamiento”*. Toda esta actividad mental que se desarrolla desde el recuerdo del objeto satisfactorio hasta la aparición del objeto en el mundo exterior *“no representa sino un rodeo que la experiencia ha demostrado necesario para llegar a la satisfacción de deseo. El acto de pensar no es otra cosa que la sustitución del deseo alucinatorio”*.

² *“La más minuciosa investigación del sueño o de cualquier otra función aislada no es suficiente para proporcionarnos deducción alguna sobre la construcción y el funcionamiento del instrumento anímico pues para lograr tal resultado habremos de acumular todo lo que un estudio comparativo de una serie de funciones psíquicas nos demuestra como constantemente necesario”* (Freud, 1900).

³ Una localidad psíquica que ya no intentará ubicar anatómicamente: *“permaneceremos pues en terreno psicológico y no pensaremos sino en obedecer a la invitación de representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante”* (Freud, 1900).

En el proceso secundario la excitación se desplaza en cantidades mínimas y no a cualquier huella mnémica sino a aquellas asociativamente enlazadas. El cortocircuito que se produce en el proceso primario es reemplazado por un rodeo en el cual a través de conexiones de huellas mnémicas el objeto satisfactorio es reencontrado por la “acción específica”, es decir, por una modificación pertinente del mundo exterior.

Diferencias entre el aparato psíquico del capítulo VII y “El Proyecto”

El aparato psíquico ya no tiene localización anatómica.

El inconciente (constituido por deseos sexuales infantiles reprimidos) es el fundamento de la realidad psíquica.

El conflicto entre instancias hace que todos los fenómenos psíquicos sean formaciones de compromiso.

Freud sigue explicando cuantitativamente la circulación de la energía, pero el concepto físico de cantidad es reemplazado por el de investidura psíquica y la bipolaridad inercia-constancia por el principio de placer-displacer.

De “El Proyecto” a “El Esquema”

Entre “El Proyecto” y “El Esquema” transcurrieron 43 años. Unos dicen que “El Esquema” fue escrito en Viena, en medio del terror nazi, en los días previos al exilio. Otros, que fue escrito en Londres. “El Proyecto” también había sido escrito en tiempos difíciles, en soledad teórica, con Fliess como único interlocutor. Un itinerario que comienza con un proyecto y termina con una síntesis-testamento.

Freud, quiere que su testamento sea claro. Por eso en “El Esquema” se propone *“reunir los principios del psicoanálisis y exponerlos, por así decir, dogmáticamente, de la manera más concisa y en los términos más inequívocos”*.

Todavía en “*Psicoterapia de la histeria*”, los conflictos son propios de la psicopatología: las histéricas tienen conflictos con aspectos reprimidos, y depende del retorno de lo reprimido si resultará una histeria, una fobia o una neurosis obsesiva. En el capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*” da el salto epistemológico. El inconciente no es exclusivo de las histéricas y ya no habla de psicopatología sino de *“psicología de los procesos oníricos”*. Los deseos infantiles, *“camino abiertos de una vez y para siempre”*, no dependerán de una situación traumática sino de la sexualidad reprimida.

Ya tiene la base empírica que le faltaba en el “Proyecto”. Son los sueños. Una vez demostrado que el inconciente es eficaz en el dormir falta descifrar cómo opera en la vigilia y en todo sujeto. Veamos la teoría gestándose. En 1901, en *Psicopatología de la vida cotidiana*, postula que el inconciente opera también en la vigilia. Todos tenemos lapsus, actos fallidos; *“todos somos un poquito neuróticos”*, con lo cual entre neurosis y normalidad empieza a haber continuidad. En 1905 va mucho más lejos cuando teoriza sobre el chiste. Una formación de compromiso vinculada a la creación, a la novedad. Por lo tanto, hay retornos de lo reprimido que producen placer y respetan el principio de realidad.

Freud advierte que el chiste es un juego, y no un juego simple, que se apaga en seguida, sino un *“juego desarrollado”*, desarrollado en el tiempo. Supone una concordancia psíquica con el otro (entre sueño y chiste la diferencia más importante reside en que el sueño es un producto anímico asocial; no tiene nada que comunicar al otro) un placer procedente del inconsciente, una cooperación de los sistemas. El chiste, la sublimación, el jugar, el humor, los vínculos son *simbolizaciones abiertas* que en el choque de repetición y diferencia permiten la emergencia de lo nuevo.

En el chiste hay placer por la actividad propia del aparato anímico, así como también ahorro en el gasto de inhibición al disminuir la contrainvestidura. El chiste cancela inhibiciones internas y reabre fuentes de placer. Es *una actividad anímica placentera y socializada. No hay chiste de consumo interno; se requiere de un otro con el que se tenga una “amplia concordancia psíquica”*.

En 1910 Freud escribe “*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*”, en ese texto postula la eficacia del inconsciente no sólo durante el dormir, en la psicopatología, en la vigilia sino también en los *“grandes de la humanidad”*. La subjetividad de Leonardo está atravesada por conflictos. Las sublimaciones también tienen que ver con lo inconciente.

Partiendo de una teoría consolidada del aparato psíquico conceptualiza distintos efectos del aparato psíquico: patológicos, normales y creativos.

Así, el sentido de un síntoma, de un vínculo, de una sublimación, de un sueño, de un duelo, de una inhibición fue siendo enfocado en la perspectiva de toda una vida y en la trama del conflicto que lo origina. Y poniéndolos a jugar, poniéndolos en juego, fundamentó que todos las personas tienen la capacidad de innovar.

Hacia 1915 Freud intenta exponer sistemáticamente sus investigaciones, para lo cual necesita crearse su metapsicología.⁴ La metapsicología freudiana constituye un conjunto más o menos sistemático de conceptos y considera que todo fenómeno psíquico debe ser explicado desde tres puntos de vista: tópico, dinámico y económico.

Freud diferencia entre un inconciente descriptivo y uno dinámico. El inconciente dinámico *“no designa ya tan sólo ideas latentes en general, sino especialmente las que presentan un carácter dinámico, esto es, aquellas que a pesar de su intensidad y eficacia se mantienen lejos de la conciencia”*. Estas representaciones pertenecen a un sistema con leyes propias y organización específica: *“si llegaran a ser conscientes presentarían notables diferencias con las demás de este género”*⁵.

Freud establece tres tiempos para la represión: 1) represión primitiva, constitutiva del inconciente, en la que se produce la fijación de la pulsión; 2) represión secundaria o propiamente dicha, y 3) retorno de lo reprimido. En este tercer tiempo se advierten los efectos de la represión, que no abolió lo reprimido sino que, por el contrario, lo hizo perdurar; *“la representación pulsional se desarrolla ahora más libre y ampliamente cuando ha sido sustraída por la represión a la influencia consciente. Crece entonces, por decirlo así, en la oscuridad”*.

El inconciente está constituido por representaciones investidas a las que les ha sido impedido el acceso al preconciente por la acción de las contrainvestiduras. Los *“caracteres que esperamos encontrar en los procesos pertenecientes al sistema inconciente son la falta de contradicción, el proceso primario (movilidad de las cargas) la independencia del tiempo y la sustitución de la realidad exterior por la psíquica”*. Las representaciones inconcientes configuran fantasías (escenarios en los que habita la pulsión).

Narcisismo: el abordaje del inconciente represor

Freud introdujo el narcisismo en su teoría empujado, entre otras cosas, por las patologías que conciernen al yo (esquizofrenia, paranoia, hipocondría). Al descubridor del inconciente reprimido, a partir de 1914 se le revela, se le manifiesta el inconciente represor, tanto del yo como del superyó.

El niño amado era un yo ideal (su majestad). Será destronado cuando descubra que la madre no lo ama incondicionalmente. El yo ideal deviene ideal del yo. El ideal del yo articula narcisismo y objetividad, principio de placer y de realidad. El ideal del yo implica proyecto, rodeo, temporalidad. El niño proyecta su ideal del yo sobre modelos sucesivos.

Mencionamos “narcisismo”, concepto complejo, difícil. El narcisismo integra diversas corrientes: la de la búsqueda de autonomía y autosuficiencia con respecto a los otros, la pretensión de dominar y negar a los otros, el predominio de la fantasía sobre la realidad. Por un lado, la indiscriminación entre el yo y el otro; por otro, la regulación de la autoestima así como el interés exacerbado por la identidad. (Hornstein, 2011)

Hay un narcisismo patológico, claro, pero también un narcisismo trófico. El patológico a a veces se confunde con un exceso de amor propio, siendo todo lo contrario. El individuo carece de amor propio. Realiza esfuerzos insaciables por sustituirlo por la admiración externa. Así carenciado, el yo es amenazado por la desintegración, por la desvalorización o

⁴ “Este trabajo y el siguiente forman parte de una colección que pienso publicar en un libro bajo el título de ‘Metapsicología’. La intención de esta serie es establecer, esclarecer y profundizar los supuestos teóricos sobre los que se podría fundar un sistema psicoanalítico”. (Freud, 1915)

⁵ “Para evitar la duda de si hablamos de uno u otro inconciente y de si empleamos el término en sentido descriptivo o en sentido dinámico, recurrimos a un expediente tan lícito como sencillo. Aquel inconciente que sólo es latente y se torna con facilidad consciente lo denominamos preconciente y conservamos el nombre de inconciente para el otro” (Freud, 1932).

por una sensación de vacío interior. El vivir se concentra (y se agota) en uno mismo. Mientras que en el narcisismo trófico el interés irriga metas y actividades. Se diversifica. Las actividades conciernen a las ambiciones, los ideales, el compromiso con los otros. Alcanzada cierta cohesión de la identidad y de la autoestima, la persona es más libre para orientar su vida no por motivos narcisistas, sino por la realización de deseos y proyectos.

¿Podremos hablar de narcisismo sin hablar de vínculos? Los otros cumplen diversas funciones para el sujeto: balance narcisista, vitalidad, sentimiento de seguridad y protección, compensan déficits, neutralizan angustias. Considerar la existencia de una dimensión del otro al servicio del narcisismo, permite considerarlo como aspectos necesarios de todo sujeto (lo que varía es el grado). Una perspectiva fundamental para la clínica.

En las relaciones narcisistas se proyecta sobre el otro una imagen de sí-mismo, de lo que se ha sido, lo que se querría ser o lo que fueron las figuras idealizadas. El *vínculo narcisista* se caracteriza, entonces, por proyectar excesivamente problemáticas yoicas o buscar un ideal. El sujeto, enfrentado al mundo, lo aborda tratando de reencontrar en él su propia imagen, con el fin de salvaguardar ese estado de supuesta autonomía. “Tenemos derecho a llamar narcisista a este amor y comprendemos que su víctima se enajene del objeto real del amor [...]. La vida anímica de los neuróticos consiste en otorgar mayor peso a la realidad psíquica por comparación con la material, rasgo este emparentado con la omnipotencia de los pensamientos” (Freud, 1919).

Pensar los vínculos. Desprenderlos de la historia le ha sido objetado a la psicología del yo. Y considerarlos mera réplica de vínculos del pasado implicaría nada menos que condenar al sujeto a ser víctima del Destino. Se tiende entonces a pensar lo infantil como una matriz según la cual sólo lo inicial permanece y las experiencias posteriores nunca pueden ser fundantes, por más intensidad afectiva que tengan. (Hornstein, 2006)

El vínculo narcisista coexiste con *vínculos actuales*⁶. Hay reconocimiento de la diferencia entre pasado y presente. Se puede investir un futuro. Se puede crear, se puede gestar. La *alteración* es una condición del devenir. Uno deviene otro. La *alteridad* es la condición de los vínculos no demasiado impregnados por el narcisismo.

A Freud la metapsicología le permite sistematizar una noción, explicitarla, aclararla, observar contradicciones. Y eso hace con el yo. Desde el punto de vista *tópico*, depende de las reivindicaciones del ello, de los imperativos del superyó y de las exigencias de la realidad. Desde el punto de vista *dinámico*, representa el polo defensivo del conflicto que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa activados a partir de la señal de angustia. Desde el punto de vista *económico*, permite el pasaje de la energía libre (proceso primario) a la energía ligada (proceso secundario).

Ningún concepto ha sido tan revisado como el de yo. Aun si nos limitáramos a Freud, la palabra “yo” quiere decir muchas cosas. Y si en vez de una corriente psicoanalítica consideramos varias, llega a representar incluso nociones antitéticas.

Freud asigna al yo diversas funciones: control de la motilidad y de la percepción, prueba de la realidad, anticipación, ordenación temporal de los procesos mentales, pensamiento racional. Pero a la vez lo describió y lo mostró como responsable de desconocimiento, racionalización, defensa compulsiva contra las reivindicaciones pulsionales.

Desde “*Introducción del narcisismo*” Freud advierte que lo represor desborda la oposición preconciente-inconciente. La dimensión narcisista del yo es el punto de partida para pensar el proceso identificatorio. “*Duelo y melancolía*” profundiza la teoría de la

⁶ Para algunos psicoanalistas, no todos los vínculos actuales significativos tienen relación con lo inconsciente, lo que implica la concepción de un yo autónomo. Otros conciben los vínculos actuales como repetición de los objetos fantaseados. Presentan al psiquismo como un sistema cerrado, tal vez porque la perspectiva es solipsista. Postulo los vínculos actuales como formaciones de compromiso. No hay relación actual significativa que no sea soporte de transferencias y que no remita a la realidad psíquica y, por lo tanto, a la historia. Vincularse con objetos actuales supone un trabajo psíquico de articulación entre objeto fantaseado-pensado y objeto real. No hay autonomía del yo en relación con su historia. Pero tampoco hay autonomía del yo en relación con su realidad actual. Si la hubiera, más que autónomo, el yo sería autista.

identificación y hace nuevos aportes a la psicopatología. La identificación es una forma patológica de resolver un duelo. Los duelos generan toda una recomposición identificatoria en el interior del yo. Los duelos contribuyen a la constitución y producción de subjetividad, ya que no hay complejización psíquica posible sin desinversiones y reinversiones. *Y el duelo es el prototipo de toda transformación.*

Freud (1923) retoma lo postulado en *“Duelo y melancolía”* pero aclara: *“En aquel momento, empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso y no sabíamos ni cuan frecuente ni cuan típico es. Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter.”* La identificación, antes patológica, empieza a ser considerada una operación por la cual se constituyen el yo y el superyó. Y es un discurso sobre los orígenes y la génesis; pero también un discurso sobre la organización y la diferenciación del yo. El yo, el ideal y el superyó son herederos de inversiones eróticas ambivalentes y de vínculos de admiración que tenía el niño con sus padres.

“El carácter del yo es una sedimentación de las inversiones de objetos resignadas, contiene la historia de estas relaciones de objeto.” (Freud, 1923) Parafraseando, postularé que la realidad psíquica es la sedimentación de las transferencias producidas por los objetos investidos, contiene la historia de lo que fuimos transferencialmente para esos otros primordiales y sus sucesores.

El nuevo dualismo pulsional: pulsiones de vida y de muerte

En la obra de Freud están presentes dos concepciones de la pulsión: una endógena, que invoca un fundamento biológico; otra, que concibe la pulsión como articulación de lo intersubjetivo y lo corporal (cuestionando la perspectiva endógena).

Freud (1920) advierte que la contraparte de las pulsiones de muerte no son las sexuales (que ahora se describen como objetales y narcisistas) sino las sexuales más las de autoconservación, reunidas en una misma función: la defensa y el cumplimiento de la vida por Eros. El dualismo pasa a ser pulsiones de muerte/pulsiones de vida. Conflicto. Un conflicto en el que Freud no se regodea sino que lo dilucida⁷.

No es descriptiva sino metapsicológica la definición freudiana de pulsión: concepto límite (punto de vista tópico); representante psíquico de las excitaciones endosomáticas que llegan al psiquismo (punto de vista dinámico); medida de la exigencia de trabajo (punto de vista económico). (Hornstein, 2000)

La pulsión es exigencia de trabajo porque el cuerpo está ligado al psiquismo. La representación de la pulsión no es su esencia (la pulsión no tiene esencia) sino la expresión de un vínculo, de una fijación, de un encuentro entre elementos exteriores entre sí. La representación no es un correlato psíquico de lo corporal. Supone un trámite de los “ruidos” del cuerpo y de los “ruidos” de la cultura, de la historia, del lenguaje. Trámite que transforma el ruido en información. Entre el cuerpo biológico, el erógeno y el mundo representacional hay heterogeneidad y metabolización.

Contra la pulsión de muerte -cuya meta es *“disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo”*- lucha la pulsión de vida- cuya meta es *“producir unidades cada vez más grandes y, así conservarlas, o sea, una ligadura”*-. Es Eros el que complejiza.

Que Freud diga que *“la meta de Eros es producir unidades cada vez más grandes y, así conservarlas, o sea, una ligazón”* implica, a) que la conservación es una de las metas, b) que la meta es expansiva: crear *“unidades”* cada vez más grandes, y c) que la ligazón

⁷ Freud (1924) lo expresa así: *“Como quiera que fuese, deberíamos percatarnos de que el principio de Nirvana, súbdito de la pulsión de muerte, ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio de placer; y en lo sucesivo tendríamos que evitar considerar a esos dos principios como uno solo. Ahora bien, si nos empeñamos en avanzar en el sentido de esta reflexión, no resultara difícil colegir el papel del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales. Así obtenemos una pequeña, pero interesante, serie de copertenencias: el principio de Nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte; el principio de placer subroga la exigencia de la libido, y su modificación, el principio de realidad, el influjo del mundo exterior.”*

sostiene tanto la conservación como el carácter expansivo. La expansión y la creación de lazos se opone a la pulsión de muerte. La pulsión de muerte desinveste al objeto, desinvestidura que amenaza a todo objeto que pueda provocar, por su ausencia, el surgimiento del deseo. Eros no es sino la búsqueda de nuevas relaciones y, por lo tanto, de nuevos objetos. En cambio, si predomina la pulsión de muerte, lo actual será sólo pasto de fijaciones excesivas, duelos no elaborados.

La pulsión de muerte con su movimiento desintegrador y regresivo, es conservadora. Pero las pulsiones de vida tienen un flujo integrador y progresivo. No conservan, intentan innovar. La pulsión de muerte es restauradora de un estado anterior. Trata de restaurar un estado anterior destruyendo todo lo que sea nuevo. Las pulsiones de vida, en cambio, integran el pasado en organizaciones y unidades más amplias. Una fusión pulsional exitosa logra la permanencia del pasado en el presente y posibilita la historicidad de la vida psíquica. (Un psiquismo que no conservara nada del pasado iría a la deriva). Lo que le otorga valor historizante a Eros es la articulación de la repetición con la diferencia.

En tanto realidad y fantasía no coinciden, el sufrimiento es el precio de reconocer la diferencia, en vez de negarla. El exceso de sufrimiento es la experiencia de enfrentar la pérdida, al rechazo, a la decepción que le impone un otro investido. El sujeto apela a la desinvestidura, que, si está al servicio de la pulsión de vida, preserva la posibilidad de un nuevo soporte. Pero en su desesperación el sufriente puede desapegarse de la "causa" del sufrimiento. Es decir, empobrecer sus relaciones.

¿Podemos hacer algo? ¿Tenemos márgenes de maniobra ante el sufrimiento? ¿O sólo salidas desesperadas como la anestesia de los fármacos, del alcohol y las drogas, la paz sepulcral de ciertas corrientes "new age" para las cuales son descalificados nuestros afectos y compromisos? Lo he desarrollado en otros lugares. Aquí sólo diré una frase: la vida es posible cuando uno puede zambullirse en ella. (Espero que suene realista.)

Rechazar la noción de pulsión de muerte tiene sus consecuencias. Pero también las tiene una pobre noción de pulsión de vida. Eros (o pulsión de vida) implica objetos nuevos, encuentros nuevos. Una relación es *nueva* cuando no es la *reactualización* de las que ya se tuvo en la infancia.

La duplicidad del yo

"*El yo y el ello*", dice Freud, confronta con los nuevos fenómenos clínicos las ideas de "*Más allá del principio de placer*". Al considerar los atributos del yo, inmediatamente aclara que el yo tiene aspectos inconcientes. El yo es al ello lo que el principio de realidad es al principio de placer, lo que la ontogénesis es a la filogénesis. El yo, al contener la historia de las elecciones de objeto, se apropia de sus investiduras. Cada instancia tiene motivaciones, enfrenta conflictos, establece alianzas. La segunda tópica plantea la complejidad de la subjetividad, producto de identificaciones plurales, conflictivas, inconexas. Identificación, narcisismo, yo, defensas inconcientes, ideal del yo, superyó, pulsión de muerte son los hitos de una nueva articulación teórica, mientras crece la importancia asignada a la crisis edípica y al complejo de castración.

"*El yo y el ello*" explora las fronteras: lo somático, lo social, la realidad. En adelante Freud estará alerta a los vasallajes del Yo, a los conflictos intersistémicos e intrasistémicos. La realidad es al yo lo que las pulsiones son al ello, pero la realidad primera es libidinal. *Realidad libidinal tramada por la realidad psíquica de los padres.*

"*El yo y el ello*" es una exposición histórica.⁸ Comienza con Freud recapitulando las limitaciones de la oposición inconciente-preconciente y oponiendo el yo coherente y lo reprimido. Ese yo coherente tiene aspectos inconcientes.

El capítulo 2 retoma la representación de palabra como la palabra oída del otro. *Esa intersubjetividad es decisiva en la construcción del lenguaje y de la subjetividad.* Hay una especial relación yo-lenguaje. El pensamiento (proceso secundario) requiere de la palabra,

⁸Las exposiciones freudianas oscilan entre dos modelos: el histórico y el hipotético deductivo. En el primero se pone el acento sobre la evolución cronológica de la teoría, en el segundo se expone la teoría como un todo coherente, acabado, que va del enunciado de los principios que regulan el aparato psíquico hasta sus aplicaciones concretas.

porque el pensamiento inconciente, sin palabras, apenas si merece el nombre de pensamiento, al ser muy rudimentario y en imágenes. Dirigiéndose a Groddeck sin mencionarlo, Freud hace una afirmación demasiado tajante: “*sólo se puede hacer conciente lo que alguna vez fue conciente*”, siendo que en la práctica el analista produce simbolizaciones donde no las había. Ocurre que Groddeck estaba enojadísimo por el uso que había hecho Freud del término “ello”. Metido en polémica, Freud es enfático: él sigue prefiriendo trabajar en la superficie psíquica con el inconciente reprimido como producto de la historia infantil. Y escribe: “*casi todas las separaciones se refieren a los estados de superficie, los únicos que nos son notorios*”. A pesar de introducir el ello, insiste en que el trabajo es con el inconciente reprimido.

Lo inconciente reprimido es producto de la historia infantil. El núcleo del ello es el inconciente prehistórico ligado a la historia de la especie. Lo inconciente es una organización de deseos, de identificaciones, de valores interiorizados. Porque, con la segunda tópica, lo inconciente incluye: lo reprimido, aspectos inconcientes del yo, el ello (inconciente congénito) y lo inconciente del superyó.

En la primera tópica freudiana los territorios están bien definidos por las fronteras, y las fronteras bien definidas por los territorios. El conflicto se produce entre sistemas psíquicos estables y campea el principio de placer. Pero la noción de Ello introdujo cierto “desorden”. Trastornó la de Inconciente, al menos por dos razones. La relación entre el Ello y el soma da a la segunda tópica un carácter “psicosomático” ya que integra un Ello-cuerpo desprovisto de representaciones, mientras que el Inconciente de la primera tópica alberga representaciones. Además, con el Ello, Freud dio un lugar, en su modelo pulsional, a las fuerzas desorganizadoras. Se trata de una nueva concepción del funcionamiento psíquico, en que la pulsión es vista como proceso y la temporalidad ha dejado de ser lineal. La estabilidad psíquica ya no se considera como manifestación de la estructura misma del psiquismo, sino que se tiene que recrear, reconstituir en cada instante según condiciones económico-dinámicas que surgen y se desvanecen sin cesar. El Yo de la segunda tópica es en sí mismo la resultante de transformaciones permanentes de un psiquismo abierto, tanto hacia el Ello como hacia el exterior.

Las relaciones Cc-Prcc-Icc son los nexos entre representaciones de cosa y representaciones de palabra. El capítulo 2 concluye con el yo como proyección de una superficie y como yo corporal. Que el yo sea ante todo un yo corporal implica que no se constituye sin vivencias corporales.

El yo y el superyó tienen aspectos inconcientes. La compulsión a la repetición puede estar “*más allá del principio de placer*”. Freud busca una representación tópica para una conflictualidad entre instancias diversificadas. (Nunca renunciará a articular las dos tópicas; en “*El Esquema*” se ven sus esfuerzos en tal sentido.)

El superyó, al constituirse como instancia crítica, es alimentado también por el amor de los padres, vigilando al yo con el fin de garantizarle una confianza básica y evitando separaciones excesivas en relación con los ideales. Este aspecto “*bienintencionado*” del superyó suele ser pasado por alto, en beneficio de sus representaciones más severas, esencialmente prohibitivas y punitivas.

Freud (1932) reconocía la heterogeneidad del Superyó: “*no es una abstracción, es una constelación estructural*”. El Superyó es multitud de voces, miradas, personajes significativos que fueron siendo metabolizados. Es la internalización de deseos y tabúes, anhelos y prohibiciones. Día a día va haciéndose cargo del “mundo externo” y, particularmente, de los valores de la cultura. El niño y el adulto necesitan ser amados por su Superyó, como también necesitan ser amados por las personas de su entorno y necesitan que sus logros sean respetados por la cultura (o por su microcultura o cultura alternativa).

Una serie de acontecimientos le dieron al Superyó una dinámica centrífuga. Y un trabajo de simbolización lo despersonalizó al alejarlo de los objetos parentales. El Superyó es transgeneracional. El tratamiento no consiste en corroborar su hipercrítica, en darle la razón, sino en darle batalla, a esa instancia que mira con desprecio y con furia todo lo que hacemos y haremos. Freud (1937) fue claro: “*desmontar al Superyó hostil*”.

El Superyó es y no es heredero del complejo de Edipo. Lo es porque comenzó esperando amor de las figuras parentales y así se constituyó como instancia intrapsíquica. Y no lo es porque hereda también de múltiples figuras. Congelar el Superyó a los cinco años, como congelar la constitución subjetiva, es ignorar que la historia identificatoria continúa a lo largo de toda la vida.

Ya en el capítulo 3 la primera tópica ha sido desbordada. *“Si el yo fuera sólo la parte del ello modificada por el influjo del sistema percepción conciencia, el subrogado del mundo exterior real, estaríamos frente a un estado de cosas simple. Pero se agrega algo más”*. La identificación es ese *“algo más”*. Así la segunda tópica se abre al campo intersubjetivo. La identificación organiza el psiquismo en todas sus instancias después de haber sido un mecanismo psicopatológico. El capítulo 3 es también el capítulo del edipo no como episodio sino como núcleo de la subjetividad. Tanto el ello como el superyó corresponden a los influjos del pasado mientras que el yo corresponde al presente.⁹

El yo va siendo. Elaborando muchísimos duelos. Con ladrillos de la historia de la relación con sus objetos el yo construye su propia historia. La posibilidad de investir emblemas identificatorios que dependen de las propuestas sociales y no ya del discurso de un único otro, resulta de la modificación de la economía libidinal después de la declinación del Edipo.

No lo perdamos de vista: la identificación edípica es otro tipo de identificación histórica. El niño no se identifica con el objeto investido sino con el tercero. Ha dejado atrás la relación dual donde el vínculo es narcisista. Mejor dicho, la ha dejado a un costado.

La triangularidad edípica conmueve la omnipotencia narcisista, propia de la relación dual. Y convierte al drama o trama edípica, con sus prescripciones y sujeciones, en figuración prototípica de las relaciones humanas. El padre, excluye al niño y pasa a ser rival y modelo. El deseo y la identificación en la trama edípica van entrelazados; y es la identificación aquello que le permite al niño sostenerse como objeto deseado, no sólo por la madre sino por los que luego ocuparán su lugar.

Articular, siempre articular. Articular el devenir narcisista con el Edipo y sus grandes ejes: la identidad y la diferencia, el deseo y la prohibición, el yo y la alteridad. El Edipo es el núcleo de la neurosis (Freud, 1925) ya que es *“tanto el punto culminante de la vida sexual infantil como el punto nodal desde el que parten todos los desarrollos posteriores”*. Evitemos una visión determinista del Edipo, una historización lineal y no recursiva. El Edipo irradia. Antes y después del complejo de Edipo, se producen actos psíquicos decisivos.

Articulemos Edipo narcisizante, identificante, socializante, historizante, sexualizante. Un Edipo ampliado, abierto a lo social. Padre y madre son portadores de una sociedad y de una cultura; y cuando el niño está sorbiendo leche está absorbiendo también un complejo tráfico simbólico.

En 1923 historiza lo ocurrido hasta 1923. Quedan todavía 16 años. Capítulos 1 y 2: como fue desbordando la primera tópica. Capítulo 3: identificación, edipo, narcisismo, sexualidad femenina. Capítulo 4: las dos clases de pulsiones, de vida y de muerte. *“El alboroto de la vida viene de Eros”*. Las pulsiones de muerte son mudas. ¿Destructividad o tendencia al cero? Todavía lo seguimos discutiendo. Freud dirá en el 26 algo que para mí es fundamental: *“la esencia de la regresión es la desmezcla pulsional”* al observar que en patologías más severas la pulsión de muerte ocupa un lugar prevalente.

¿Qué pasa con el yo? De todas partes lo amenazan: desde el ello, desde el superyó, desde el mundo exterior. Freud habla de *“vasallajes del yo”*. Pero en *“Inhibición, síntoma y angustia”* le reconocerá al yo una actividad estratégica, una política, y saldrá al cruce de aquellas *“cosmovisiones”* psicoanalíticas que exageren la endeblez del yo.

Ni autónomo ni avasallado. Freud defiende hasta el último día la complejidad del yo, negada por las dos cosmovisiones. La oposición entre un yo-función, propenso a la adaptación, y un yo-representación, condenado al desconocimiento, simplifica pero no resuelve la tarea de construir una metapsicología del yo. El yo es defensivo e historizante.

⁹ En *“El Esquema”* dirá que el superyó tiene que ver con el pasado cultural y el ello con el pasado biológico.

“De modo que más que del retorno de lo reprimido habría que hablar del retorno de lo represor” escribe Pontalis (1977), harto del descuido, incluso represión, que en el psicoanálisis francés hubo de las instancias represoras. El yo, ese yo al que se consideraba desmantelado ese yo unificado y unificante, que puede reconocerse como unidad y continuidad, que contiene la multiplicidad de identificaciones, ha retornado, empujado por problemáticas clínicas acuciantes¹⁰.

El yo no es el sujeto. Es una instancia caracterizada por un cierto tipo de organización que la diferencia de las otras. El sujeto designa, en cambio, una organización que desborda la división en instancias. El hecho de que estas instancias se constituyan históricamente no quiere decir que sean dejadas atrás o integradas armoniosamente sino que persisten en una totalidad contradictoria e incluso incoherente y esto es lo que diferencia la historia psíquica de todo proceso de aprendizaje.

No queremos resucitar, nostálgicamente, el sujeto de la modernidad. Aquel tipo consciente, autónomo, dotado de libre albedrío. Hoy el sujeto navega en un mar de contradicciones. Las coerciones son muchas y variadas, pero contamos con “márgenes de maniobra”.

Antes las instituciones ahogaban al individuo, lo encorsetaban. Ahora el deterioro institucional lo deja sin puntos de referencia. El sujeto se halla abandonado a sí mismo, expuesto a una dominación cada vez más anónima e insidiosa, a sistemas de consumo, de comunicación que se apoderan de su ser y lo alienan solapadamente. El análisis de la influencia de los condicionamientos sociales sobre la historia individual aporta un esclarecimiento particular sobre los conflictos “personales”. Permite deslindar los elementos de una historia propia y los que comparte con todos aquellos que han vivido situaciones similares. Todos nacemos y vivimos en un cóctel cuyos ingredientes son contradicciones sociales, psicológicas, culturales y familiares.

El sujeto deviene dando a su pasado y a su porvenir un sentido, eligiendo un proyecto y una interpretación de su historia reelaborada sin cesar. *El sujeto está entre la repetición y la creación.* Sin anticipación del futuro, no hay proyecto. La ilusión se doblega ante la nostalgia.

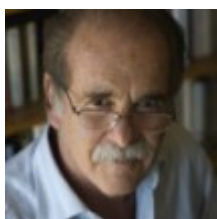
La subjetividad se va construyendo en las relaciones sociales. Una combinatoria de constantes y cambiantes condiciones históricas con su patrimonio cultural específico. No se trata de entender la familia como totalidad autónoma y menos aún como unidad biológica-natural, sino inversamente desde el conocimiento impuesto por los factores socioculturales. Sin embargo, quedan todavía psicoanalistas para los cuales lo humano se deriva de necesidades o instintos (postulados como primeras motivaciones psíquicas). Explícitas o implícitas, esas ideas implican la naturalización y eternización de formas históricamente transitorias de existencia del psiquismo.

La constitución subjetiva es una psicogénesis y a la vez una sociogénesis. Una teoría del sujeto debe dar cuenta del pasaje-proceso desde la indiferenciación narcisista hasta la aceptación de la alteridad y del devenir. Lo hará concibiendo al sujeto no sólo identificado sino identificante; no sólo enunciado sino enunciante; no sólo historizado sino historizante; no sólo pensado sino pensante; no sólo sujetado sino protagonista; no sólo hablado sino

¹⁰ La bibliografía psicoanalítica en los últimos años muestra mucha sinonimia para las palabras “yo” y “sujeto”, y distintas acepciones cuando se usa la misma. Pero la dispersión disminuye cuando relacionamos el término con la teoría de origen. “Se han propuesto diversos términos para llenar vacíos. Se ha completado el concepto freudiano del yo por medio de las variantes lexicales del sujeto. El sí-mismo, que difiere según los autores (Hartmann, Jacobson, Kohut o Winnicott), es la apelación más aceptada, no sin resistencia (Pontalis). Muchos autores le atribuyen el valor del yo global portador de las investiduras narcisistas que fundan el sentimiento de identidad (Lichtenstein). Otros prefieren destacar la diferencia entre el Moi y el Je, sea en una perspectiva existencial (Pasche) o en una lingüística (Lacan) o aun como saber sobre el Je (Aulagnier). Por fin, el sujeto recibe acepciones diversas; la de Lacan, de espíritu estructuralista, se singulariza respecto de las otras acepciones, casi siempre descriptivas. La ambigüedad del concepto de yo total o de yo instancia ha merecido un esclarecimiento de J. Laplanche, quien concibe al yo como metáfora del organismo: sistema-yo que funciona según un régimen endógeno singular, si no autónomo. Además de estas designaciones, los autores tratan de identidad, de individuación (Mahler), de personalización” (Green, 1983).

hablante, no sólo narcisizado sino narcisizante. El sujeto toma lo aportado, lo metaboliza y deviene algo nuevo. Los determinantes iniciales quedan relegados a la condición de punto de partida.

Hay subjetivación cuando el ser puede acontecer, cuando las posibilidades se actualizan, cuando no se es todavía lo que un día se será. La alteración es poder convertirse en otro (devenir otro) sin dejar de ser uno mismo. No se pierden todas las cualidades, sino algunas. Y se adquieren unas nuevas. *La alteración es la forma viva de la subjetividad.* Mientras que la alteridad, a diferencia de la alteración, supone una relación entre dos seres. Es lo opuesto a la identidad (principio de identidad), es aceptar lo diferente (principio de alteridad).



Luis Hornstein

Premio Konex de platino en psicoanálisis (década 1996 a 2006). Sus últimos libros son Narcisismo (Paidós, 2000), Intersubjetividad y Clínica (Paidós, 2003), Proyecto terapéutico (Paidós, 2004), Las depresiones (Paidós, 2006), Autoestima e identidad (F.C.E., 2011) Las encrucijadas actuales del psicoanálisis (F.C.E, 2013). Puedes escribirle a su email: luishornstein@gmail.com o consultar su página

www.facebook.com/luishornstein